

ANTONIO OTERO HERRERA

(Bucaramanga, julio 10 de 1877 † Bogotá, febrero 21 de 1925).

Un año ha corrido sobre la tumba de este amigo inolvidable. En los primeros momentos que siguieron a su desaparición, el estupor que nos causó este doloroso suceso, sobrecogiendo el ánimo, impuso silencio a nuestros labios. Mas la justicia nos exige hoy romper ese silencio. La justicia, decimos, porque consideramos como una función de esta virtud retributiva el recordar los méritos de quien, como Otero Herrera, pasó la vida haciendo el bien a la sociedad que tuvo la suerte de contarle entre sus miembros. Justos homenajes le tributaron a raíz de su muerte la Consiliatura del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, la Gobernación de Cundinamarca y la Asamblea del mismo departamento, pero incumbe también a la amistad hacer sus oficios.

Quejábase un escritor notable, no por cierto moderno, de que la humanidad de ordinario consagrara más recuerdos a los que la han hecho padecer que a los que de veras la han servido. Del número auténtico de estos últimos fue sin duda alguna Otero Herrera. ¿Qué servicio mayor puede hacerse a una sociedad que pasar toda una vida despertando y enriqueciendo las noveles inteligencias, enderezando las primerizas endebles voluntades y señalando el camino de la perfección con la oportuna palabra pero aún más con la incontrastable elocuencia del ejemplo? Porque la vida de Antonio Otero Herrera es un grande ejemplo de labor sin aparato, de energía sin énfasis, de las más relevantes virtudes, si bien escondidas tras el velo de la sencillez, según aquello de que él estaba tan poseído:

«Una mediana vida yo posea,
Y un estilo común y moderado,
Que no le note nadie que lo vea.»

Bumangués de nacimiento, nada desdecía en él de un bogotano genuino, y por la fácil cultura de su trato y por el donaire del ingenio hacía recordar un tanto el tipo ya extinguido del *cachaco* de la capital. Sin hablar del ciudadano de acendrado patriotismo, ni del cristiano ferviente, ni del ejemplarísimo jefe de familia, varias facetas pueden distinguirse en su modesta personalidad: el poeta original, risueño y profundo a la vez; el autor de obras didácticas y el pedagogo de vocación genial y de inventiva.

Del primero de estos tres aspectos dijo así la autorizada pluma de Monseñor Carrasquilla:

«Otero Herrera tiene lo que se necesita para ser poeta: hondo pensar, aguzado por las investigaciones filosóficas; sentir tanto más vibrante cuanto más contenido por la delicadeza y el recato; conocimiento de las reglas del arte; estudio de los modelos antiguos y modernos. Y, con todo, esas cuatro cantidades positivas suman cero, para formar un poeta, si no se les añade una quinta: ser poeta. Y, a mi parecer, este último requisito se halla en el autor del presente libro (*Temas nuevos*)...

«Diré en qué consiste su originalidad. Dejando a un lado literaturas extranjeras, hay dos poetas colombianos que guardan analogías con nuestro autor: Ricardo Carrasquilla y Diego Fallon. Otero Herrera se parece, por unos aspectos al uno, por otras facetas al otro; pero *no es imitador* de ninguno de los dos.... Otero Herrera filosofa jugando y riendo como Carrasquilla, pero no en letrillas y bagatelas, sino en poesías sobre graves asuntos, llenos de sensibilidad y de ter-

nura. Combina, a semejanza de Fallon en *Las Rocas de Suesca*, lo serio y lo jocoso; pero en poesías esencialmente líricas, personales, sentidas y delicadísimas. En Otero el tránsito de lo que entenece a lo que hace sonreír no es brusco, ni produce la impresión del contraste. Consiste en que así siente el poeta. La prueba está en que, aun en composiciones tan serias y religiosas como *La campanilla del altar*, se adivina el alma retozona del autor.»

«¿Qué tema más humilde, observa al mismo propósito el Padre Ruano, que el de una *escoba*? Y, sin embargo, qué belleza de ideas, qué delicadeza de sentimientos y, lo que es más singular en este lirismo que estudiamos, qué pensamientos tan nobles y tan altos le inspira al doctor Otero Herrera!»

«Escoge el mismo, decía desde el apareamiento de sus primeros versos el doctor Angel María Sáenz, temas al parecer poco apropiados para la poesía y que nada prometen de sí, pero donde otros nada alcanzan a ver ni a sospechar siquiera, encuentra él rico venero que al pasar por su fantasía se pule y hermosea, para quedar en sus estrofas con los primores del arte. Qué cosa menos aparente para ser cantada que *una escalera de albañil*! Pues bien, con este prosaico tema produjo una bella poesía llena de encantos y donde figuran elementos que para llegar a ser poéticos necesitan los recursos inagotables que da la verdadera inspiración.—*La Cometa*, poesía de fácil versificación, nacida al calor de sentimientos íntimos, es un ejemplo más de lo que vale el doctor Otero como poeta; con ella se puede conseguir una fama mayor y más legítima que la que tienen entre nosotros muchos que se llaman y dejan llamar poetas.»

No se tendrá a mal que en el aniversario de la muerte del sentido vate insertemos las dos últimas estrofas de una de sus primeras composiciones, en que apostrofa a su *Escalera* diciéndole:

«Quédate, pues, conmigo! Sé constante,
Como hasta hoy, y nunca me abandones!
Que de mi vida en el postrer instante
Me diga alguno, al ver tus escalones:

«Véte en paz.... que no obstante tu miseria,
Tienes quien te descubra un buen camino
Para que baje al polvo la materia
Y suba el alma a su eternal destino!»

Fue autor Otero Herrera de las siguientes obras didácticas: *Lecciones de Retórica y Literatura*, el *Nuevo Lector Colombiano* (en colaboración del doctor Roberto Cortázar y del que suscribe estas líneas) y de un *Sistema para la enseñanza de la ortografía*, todavía inédito.

«De todas las obras a que extendió su actividad inteligente, escribe el doctor Luis María Mora, lo que le conquistó más renombre fueron sus *Lecciones de Retórica y Literatura*, cuyo método tan original como pedagógico, ha servido de modelo a obras de mucho aliento que se han publicado después con más fortuna, pero no con más gloria.» Don Antonio Gómez Restrepo juzga así dicha obra:

«El autor enseña la Retórica de una manera práctica y viva, haciendo sentir la belleza literaria a los alumnos, y evitando recargar las memorias juveniles con términos de un anticuado tecnicismo. En ocasiones penetra en el campo de la estética y sabe definir abstractos conceptos con rigor filosófico y sencillez verdaderamente didáctica. El libro contiene, además, una selección de trozos escogidos de autores españoles y ame-

ricanos muy propia para formar el gusto de los estudiantes; allí, al lado de composiciones consagradas por la admiración de los siglos, aparecen variadas muestras de la literatura nacional.»

El *Nuevo Lector Colombiano*, escribe el colega doctor Cortázar, «mereció los honores del triunfo en concurso oficial y ha sido bien recibido en escuelas y colegios, pero ha llegado la hora de declarar que la parte de esta obra que encierra mayor mérito es la que escribió Otero Herrera, cual es el desarrollo progresivo de las lecciones por medio de cuestionarios inteligentes, resúmenes orales y escritos de cada lectura, análisis gramaticales, prácticas ortográficas, definición de palabras difíciles, etc.»

Es de lamentarse que no se haya publicado aún el sistema de su invención para la enseñanza de la ortografía. Este sistema, después del examen de regla en estos casos, fue premiado con medalla de oro por la Academia de Pedagogía (utilísima institución que desgraciadamente no perduró); de él se hicieron varios ensayos, porque el sistema es eminentemente práctico, ensayos que dejaron satisfechos a los que los presenciaron, en términos de que el Director de Instrucción Pública entonces, doctor Gerardo Arrubla, pidió al autor una exposición pública del sistema para celebrar las fiestas patrias en las escuelas de la capital; verificóse con reconocido éxito este nuevo y más solemne ensayo, y un alto personaje comprometió al autor a elevar un memorial al Consejo de Ministros con el fin de obtener el apoyo oficial para una edición; el cuerpo docente de Bogotá, por medio del Director del ramo, pidió al ministerio de Instrucción pública se adoptara para las escuelas; la Asamblea de estudiantes, noblemente inspirada, elevó idéntica petición; formóse, en fin, un lujoso

expediente para ante el ministerio respectivo. Hay luego uno de esos cambios de ministros con que las veleidades de la política entorpecen a veces la marcha de los asuntos relativos a la pública instrucción, acude el autor a saber el resultado de sus gestiones y se le dice que la documentación se ha perdido!

Todos cuantos lo conocieron hallaron en Otero Herrera al maestro por vocación. «Durante muchos años, dice el doctor Luis María Mora, viósele apegado al magisterio con una especie de celeste unción, como empujado por una fuerza irresistible, sin que para separarse de él fueran suficientemente fuertes ni los diarios sinsabores del oficio, ni las constantes ingratitudes de los hombres, ni la molesta enfermedad, contraída en sus faenas, la cual iba minando lentamente su existencia.»

Tenía golpes de pedagogo para salvar las dificultades que se presentan a los principiantes. Dictaba en una ocasión la clase de geometría en la Escuela Normal de institutoras y, en desarrollo del *pensum*, llegó el caso de demostrar el teorema de que «la suma de las caras de un ángulo sólido o poliedro es menor que cuatro ángulos rectos.» Como las alumnas tropezasen con grandes dificultades para seguir y entender la demostración del texto, Otero Herrera ingenió ésta: Forcemos el poliedro a extenderse sobre un plano, estrellándolo contra él, por decirlo así. Necesariamente tendríamos que abrir todos o al menos algunos de sus ángulos, como se podría observar materialmente con un poliedro de cartón. Ahora bien, según un teorema demostrado en geometría plana, los ángulos formados al rededor de un punto en un plano suman cuatro rectos. Si, pues, ha sido necesario *abrir*, esto es ensanchar, los ángulos del poliedro para poder estamparlo en un plano, resulta evidente que todos ellos en suma valen

menos de cuatro rectos. Esta demostración podrá no tener el rigor de fórmula usado en los tratados de matemáticas; pero en buena plata hay que convenir en que es convincente. Aun podría agregarse que es *elegante*, puesto que cumple su oficio por el menor número de medios posible. Y hay que advertir que las matemáticas no fueron el ramo de predilección de Otero Herrera; pero en esta manera de concebir sí se adivina al autor de la ingeniosa poesía de *El Ajedrez*.

Para aprender mil cosas ¡cuántas veces
Se debiera estudiar una partida!
¡Maravilloso juego, te parecen
Al juego de los hombres en la vida!

.....
¿Mas en qué pieza lo esencial reside?
Torné a inquirir de diferente modo:
—En el rey, que sustenta y que preside,
Sin andar más que un paso, el juego todo.

«Y que una ley social esto compruebe!
Que con el hombre el ajedrez se iguale!
Porque quien vale más, poco se mueve,
Y aquel que más se mueve, cuánto vale!

Habiendo tenido que retirarse de las faenas del profesorado para ir a buscar salud respirando ese benéfico ambiente de mar que es fama posee la ciudad de Zipaquirá, asentada como está sobre ingentes bancos de sal, dio allí una última y brillantísima muestra de su decisión por el magisterio. «El decaimiento físico en que se encontraba, dice Cortázar, no fue suficiente a desviarlo de su vocación, y lo admirable constancial, fundó una escuela para los trabajadores de las minas, allí mismo, en uno de aquellos dantescos socavones, donde nunca antes se había escuchado una voz que llevase hasta el seno de la tierra fecunda la

chispa que ilumina las inteligencias en medio de una obscuridad tenebrosa. Para nosotros es ésta una de las más bellas páginas de Otero Herrera, porque supo hermanar el desinterés con el sacrificio, las tinieblas con la luz, el golpe de la pica que taladra la roca milenaria con el golpe vivificador de la verdad que hiere las concavidades de la ignorancia.»

En carta al autor de estos renglones, fechada en Zipaquirá a mediados de octubre de 1924, decía Otero Herrera lo siguiente, que puede ser considerado como un presentimiento: «...te contaré que en el mes entrante me llevo la familia para Bogotá. Yo me quedaré aquí mientras me es posible establecerme allá de nuevo. Voy a quedar muy incómodo, por supuesto; pero no puedo ya dejar de dar este paso por exigencias inaplazables en la educación de mis hijos... ya con la familia allá... trataré de rebuscarme algún empleillo o cosa semejante que me permita no vivir sólo de clases, pues en esta tarea duraría ya muy poco. Cuando más haría una o dos clases en el Rosario...»

En ello estaba, «cuando, dice Mora, la muerte lo sorprendió en el tiempo en que su vida era más necesaria para darle la última mano y mostrar en toda su hermosura ese dechado de virtudes en que él puso todo su corazón: el templo armonioso de su propia familia.»

Hoy, después de un año de partida, al inclinarnos con tristeza delante de la tumba del inolvidable amigo, envuelta como todas en la sombra del silencio, nos parece vislumbrar allí mismo aquella refulgencia de que habla el libro sagrado: «Los que adoctrinaren a muchos en la justicia, brillarán como estrellas.»

FRANCISCO M. RENJIFO

Bogotá, 21 de febrero de 1926.

del
Rosario | Archivo
Histórico